



# SQUELLA, AGUSTÍN, ¿CREE USTED EN DIOS? YO NO, PERO... 80 PP. SANTIAGO DE CHILE (2011): LOLITA EDITORES LTDA.

Prof. Dr. César Lambert  
*Universidad Católica del Maule*

El autor sitúa su escrito en el género literario del testimonio. Pues “se trata de un texto personal y subjetivo” (p. 9), que no ha de entenderse como un ensayo, insiste más de una vez. No por eso deja de tener una intención clara: que la pregunta por Dios —¿cree usted en Dios?— admite no solo los habituales “Sí” y “No”, sino una diversidad de respuestas. A su vez, tal diversidad es entendida por Squella en paralelo al terreno moral “con la pregunta de si hay o no valores absolutos, objetivos y provistos de validez universal” (p. 9). Este paralelo constituye, estimo, una línea de argumentación constante en el escrito testimonial.

Otra constante es también mencionada por el autor ya en las páginas iniciales, a saber: la referencia al cine y a la literatura, que están relacionadas, en el plano testimonial, con sus cambios en materia religiosa, pero que en términos generales contribuyen, según Squella, a formar una “comunidad de gente dubitativa y compasiva” (p. 9).

## CONSIDERACIONES SOBRE EL PLANO TESTIMONIAL

El autor señala que, a lo largo de su vida, ha pasado por cuatro estados relacionados con la pregunta por Dios: fe, duda, agnosticismo y ateísmo: 1. Niñez y parte de la juventud están marcadas por la creencia, aunque, visto con el tiempo, se trataba de “una fe causada por el miedo a ser castigado por mis faltas” (p. 13). 2. Pues bien, afirma el autor que de la fe pasó “a un estado de duda sobre la existencia de Dios” (p. 22), y que permaneció en esa situación de duda e indecisión por un par de décadas. 3. De la duda pasó al ateísmo (p. 23). Al respecto Squella nos informa que su estado de duda fue explicado en su discurso de incorporación como Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales. “Poco más de veinte años después de ese discurso, en 2008, mis compañeros de la Academia fueron testigos de mi abandono de la duda y posterior caída en el ateísmo” (p. 23). Todo indica, pues, que Squella nunca fue agnóstico, pese a lo afirmado antes. A menos que él identifique estado de duda y agnosticismo. Pero dicha hipótesis genera otros problemas interpretativos. Pues, dice más adelante en el texto: “Tampoco <el agnóstico> es alguien que duda, que vacila o vive en la

indecisión que explicamos antes aquí” (p. 24). Estimo que, dada la importancia de lo testimonial en el escrito, al punto que define el género literario del mismo, es preciso esclarecer el asunto.

### EL ATEÍSMO PURO Y DURO, PREOCUPADO DE DIOS Y LAS RELIGIONES

En lo tocante a la pregunta por Dios, Squella afirma que lo que ahora profesa “es ateísmo puro y duro, con ese nombre y no con otro” (p. 31). Pero se trata, como él señala, de un ateísmo preocupado de Dios. En efecto, lo ocupan “todas las preguntas que conciernen a la figura más anhelada e improbable de todas cuantas haya podido concebir la desasosegada y extravagante mente del hombre” (p. 75).

Dios es, por tanto, para Squella una idea concebida por la mente del hombre, y *nada más*. Puesto que la mente humana es desasosegada (no se queda tranquila con nada) y extravagante (raro, extraño, desacostumbrado, excesivamente peculiar, según la DRAE<sup>1</sup>), se le ha llegado a ocurrir dicha figura de Dios y de los dioses. Se trata, además, de la figura que el ser humano más anhela que exista, pero es, a la vez, la más improbable que exista. No por eso deja de ser una idea importante para el autor, a quien no le resulta indiferente el fenómeno religioso (p. 22), vale decir, aquellas actitudes y enfoques de la gran mayoría de los seres humanos que creen en esa figura. Por eso, la preocupación del autor se extiende, más allá de la pura idea de Dios, al fenómeno de las religiones y al comportamiento de las iglesias (pp. 32-33).

¿En qué funda Squella tal interés? Sostiene que su única explicación es de índole estadística, pues “no puede carecer de interés una figura (Dios) en la que creen 9 de cada 10 personas” (p. 33). Es más: “La fe en Dios es indestructible” (p. 33). Sea como fuere, en la mencionada argumentación no queda —estimo— claro a todas luces que esta última afirmación pueda ser derivada de una explicación estadística: hay muchas ideas que defendieron nueve de cada diez personas, que hoy en día nadie defiende. Más bien, pareciera que el autor tiende a pensar que la idea o figura de Dios es, en la mente del hombre, indestructible. Por cierto, de ser así, eso no significa que dicha idea tenga necesariamente un correlato real. Pero la estructura argumentativa para mostrar esto sería otra.

### DIALOGO DE CREYENTES Y NO CREYENTES

Permítame el autor que, por razones de economía, utilice el concepto de no creyentes, pese a lo certero de la crítica que él hace del concepto (cf. p. 24). Squella sostiene, en efecto, que “sí vale la pena dialogar con los creyentes” (p. 33), y hace al

---

<sup>1</sup> *Diccionario de La Lengua Española*, conocido como *Diccionario de La Real Academia Española*, (cf. su 22ª edición).



respecto cuatro importantes consideraciones: 1° afirma que de lo que se trata es que los teístas hablen *con* los ateos, pero no que unos hablen *sobre* los otros (cf. p. 33). Estamos, evidentemente, ante una sinécdoque en la forma del *pars pro toto*, pues debe entenderse que es valioso no solo el diálogo de teístas y ateos, sino en general el de las diversas posiciones que adoptan los seres humanos ante la cuestión de Dios (cf. pp. 61-66). Dicho diálogo, bien lo dice el autor, tiene que desarrollarse, efectiva y realmente, entre los diversos enfoques. Pues es cómodo, pero no honesto, “dialogar” sobre lo que piensan terceros sin que éstos estén involucrados en el debate. Ahora bien, 2° el diálogo puede conducir a algún tipo de acuerdo —afirma Squella—; pero aun cuando éste no se dé, “podría permitir alcanzar una recíproca comprensión” (p. 33). Resulta sugerente la idea de reciprocidad, porque en estos asuntos no es difícil que surjan caricaturas por uno y otro lado. 3° Esta consideración se sigue de la anterior: el diálogo de creyentes y no creyentes podría permitir “una mejor y más leal delimitación del tipo y grado de desacuerdo que separa a unos de otros” (p. 33). La comprensión de los enfoques hace, entonces, posible una mejor delimitación de los desacuerdos. 4° El autor les exige a los creyentes una condición previa para que el diálogo sea fecundo, a saber: que haya una previa plática al interior de la fe (interreligiosa, ecuménica, intraeclesial), cf. pp. 33-34; aunque, claro, no pone una exigencia equivalente a los no-creyentes.

Otra faceta de esto mismo corresponde a lo que Squella llama el diálogo de las religiones con el mundo secular (cf. p. 34). No queda del todo claro si “mundo secular” equivale a “ateos” o a “hombres de razón y no de fe”. Como fuere, el concepto de mundo secular parece aludir a personas no religiosas, personas que, en principio, no entienden el lenguaje de las religiones. Pues bien, el punto de arranque de la argumentación de Squella parece ser una constatación, pese a la forma hipotética de la frase: “si las religiones son dogmáticas en materia de fe y fuertemente normativas en asuntos morales, al entrar en diálogo con el mundo secular no pueden pretender imponer a éste ni los dogmas ni los preceptos morales que suscriben” (p. 35). Estimo que a tal respecto debe entenderse lo siguiente: que dado el hecho —según Squella— que las religiones son dogmáticas y normativas, ellas deben renunciar a una pretensión propia, a saber: imponer sus dogmas y preceptos. Recién entonces, parece querer decir Squella, las religiones pueden entrar en diálogo con el mundo secular.

Y a continuación plantea una segunda exigencia, que consiste en que las religiones tengan que hacer un esfuerzo por traducir sus dogmas y pautas morales “a un lenguaje que sus interlocutores puedan entender y compartir desde un punto de vista racional” (p. 35). Squella, al hablar de *las* religiones, las incluye a todas y considera que todas tienen dogmas y todas proponen pautas de comportamiento moral. He aquí un punto que requiere de mayor precisión. Pero yendo al núcleo de la argumentación, es sugerente la idea de traducción. Squella cree posible dicho

ejercicio, que, por cierto, es tarea de las propias religiones. Pero él admite esa posibilidad; no la desecha de plano, a pesar de la coloración más bien oscura con que ve las religiones. Asimismo, debe tenerse presente que el criterio de traductibilidad está dado, para el autor, por el punto de vista racional y por lo que él llama “comunicación discursiva” (p. 35). Es preciso suponer que, tocante a este punto, la traducción de convicciones personales en argumentos racionales constituye una exigencia válida e imprescindible para todo aquel que tenga el propósito de tomar parte en el mencionado diálogo. No sólo para las religiones. Pero de eso el texto, quizá por su género, no dice mucho.

Si seguimos la secuencia del escrito, encontramos una larga reflexión — nada menos que nueve párrafos— sobre el potencial moral de las religiones y la moral laica (cf. pp. 35-43). No estimo necesario entrar en la argumentación misma, que apunta, en resumidas cuentas, al establecimiento de una moral laica temerosa de la propia conciencia y que no deseche la influencia de la religión, pero sí que libere a la moral de su dependencia de la religión (cf. p. 37). Lo que más me llama la atención, a propósito de esta larga reflexión, es que al autor no parece preocuparle tanto la figura de Dios mismo (o de los dioses), cuanto las religiones, con las cuales él se confronta aportando sus mejores razonamientos.

En efecto, debe tomarse aquí en consideración lo que el propio Squella afirma. “El tema de Dios, o bien el de las religiones y de las iglesias, que no es exactamente el mismo, puesto que una cosa es creer en Dios, otra profesar una religión determinada, y una tercera, en fin, declararse fiel a una iglesia en particular” (p. 47). Por tanto, creer en Dios, profesar una religión y ser fiel de una iglesia constituyen temas distintos. Vistas así las cosas, el escrito testimonial de Squella no se ocupa en primer término de la idea de Dios en sí misma, sino de las religiones, o más concretamente, de los que se adscriben fielmente a una iglesia en particular. En tal sentido, el título del libro “¿Cree usted en Dios? Yo no, pero...”, así como la última frase del mismo (“Dios es una idea demasiado importante para dejarla solo en manos de los creyentes”, p. 75), son equívocos. Pues generan la impresión de que el tema es Dios o la idea de Dios, pero en verdad el texto se aboca a una confrontación —sugerente, lúcida, honesta— con las religiones y sus fieles, y no tanto con la que el autor llama improbable figura de Dios. Una forma sencilla de corregir dicha falsa impresión consiste en cambiarle el título al libro. Propongo el siguiente: ¿Es usted un fiel de una religión? Yo no, pero...

### EL TEMA DE DIOS

Con todo, el autor, de alguna forma, se confronta con la idea de Dios. Lo hace exponiendo seis diferentes respuestas a la pregunta si Dios existe. No estimo que sea preciso exponer tales enfoques (cf. pp. 61-66). Resulta sugerente a este



propósito la cita que, dos veces en el escrito, Squella hace de Antonio Machado: “A Dios, además de creer en Él y de negarlo, se puede también dudarlo” (p. 61 y p. 20). Pareciera que Squella reconoce la posibilidad de que el “objeto” mismo, que todos llaman Dios, admita dichas tres maneras de relacionarse con Él. Por su parte, las seis posiciones que él, Squella, expone, parecieran consistir en una ampliación de la tesis de Machado. En otras palabras: si para un creyente la no creencia y el agnosticismo constituyen un déficit; y si para un ateo la creencia es una mera ilusión vana; Squella postula diversas posiciones, enfoques, actitudes, ninguna de las cuales sería, en algún sentido, mejor o superior a las otras. Entonces, yendo más allá del acto humano que toma posición ante el “objeto” Dios, por así decir, es éste mismo el que *admite* diversas miradas.

Desde esta lectura del texto cabe entender el llamado del autor a “una mayor contención de parte de los creyentes en su invocación del nombre de Dios” (p. 46). Lo que aquí está en juego es para Squella el “respeto que según me parece deberían mostrar los creyentes por la palabra a la que atribuyen la mayor importancia y significado en sus vidas” (p. 47). En efecto, al autor asocia al “objeto” Dios (dicho sea de paso, así conceptualizo yo la idea que Squella tiene de Dios) la actitud humana del *respeto*, y que él —Squella— vincula con una contención, podemos decir también, con una renuncia o ascetismo: no invocar en vano el nombre de Dios. Ante el “objeto” Dios lo que, desde el respeto y la contención caben, es el silencio. Estimo que la misma actitud que Squella exige por parte de los creyentes es, de hecho, practicada por él.

En esta misma línea debe entenderse la consideración respecto del proceso histórico de secularización y sus ventajas para la religión (cf. pp. 71-72). Pues este proceso demarca y refuerza mejor “los ámbitos de lo eterno y sagrado, por una parte, y de lo temporal y profano, por otro” (p. 71). Se trata de algo así como una purificación del ámbito de lo sagrado, de tal forma que lo sagrado, depurado de elementos profanos que han sido asociados a ello, trasparenca de modo más nítido. Así pues, si lo profano invita a hablar, debatir, etc., lo sagrado invita al silencio de la majestuosidad (nuevamente palabras mías).

Así visto, el ateísmo de Squella pretende ser más respetuoso de la inmensa grandeza de Dios que la locuacidad de muchos que se declaran creyentes y creen ser paladines de Dios. Y, me parece, así es efectivamente.

#### LA NOCIÓN DE FILOSOFÍA

Debe tomarse también en consideración la referencia que el autor hace, en el marco del diálogo de fe y razón, a la tarea propia de la filosofía. Señala él que no se hace muchas ilusiones respecto de la posibilidad que la religión de la verdad y del

dogma se deje interpelar en vistas a transformarse en una religión de la compasión y la fraternidad. Es más: estima que religión y ciencia van a seguir intentando prevalecer como fuentes de la verdad, “mientras que el papel de la filosofía podría consistir en mantener viva la conversación entre ambas” (p. 67). La filosofía no sólo conversa con la religión y la ciencia, sino que, por sobre todas las cosas, mantiene viva la conversación entre fe y razón. ¿Cómo lo hace? Estableciendo “condiciones que faciliten la supervivencia del diálogo, sin que éste se resuelva con argumentos de autoridad” (p. 67). Se trata, en este último caso, de una aparente forma de resolver una controversia, que consiste en apelar a un argumento —el de autoridad— que, bien visto, no es un argumento propiamente tal. Consiste en apelar a una instancia que estaría por sobre los que discuten, y que resolvería el debate sin necesidad de recurrir a argumentos racionales.

Lo que Squella propone es una instancia que establece las condiciones del diálogo, algo así como las reglas del juego que han de ser aceptadas por todos aquellos que tengan interés en participar en la aludida discusión. Pero no se trata solo de una instancia, si se quiere, formal. Pues la filosofía misma está interesada en que el diálogo continúe. En tal sentido, la imagen que el autor propone es, sin duda, elocuente: creyentes y ateos y las demás categorías humanas avanzan en caravana y se sientan por la noche junto a la hoguera, y allí conversan sobre la marcha que llevan. “[E]l papel de la filosofía sería mantener esa conversación junto a la hoguera, transportando cada tanto los leños que la conservan encendida” (p. 68).

### CONSIDERACIONES FINALES

Junto a los muchos méritos del escrito, hemos también puesto de relieve arriba una cierta incongruencia, en la que quisiéramos profundizar. En efecto, el escrito parece tener como propósito el examen de la idea de Dios y la creencia en Él, pero en realidad se ocupa, ante todo, de las religiones. Por su parte, el autor se define como alguien que profesa un ateísmo puro y duro. Pero no se ocupa de mostrar la no-existencia de Dios y pasa a un multifacético debate con las religiones.

Cabe, entonces, aplicar aquí la misma objeción que el personaje Sócrates le hace al personaje Menón en el diálogo platónico que lleva este último nombre,<sup>2</sup> a saber, que sólo se puede abordar la pregunta de si la excelencia es enseñable, cuando ya se ha resuelto qué es ella. (Pues a Menón le interesa discutir si la excelencia (*areté*) es o no enseñable, si se adquiere por ejercicio o les llega a los seres humanos por naturaleza o de algún otro modo (70 a), suponiendo que ya

---

2 Platón. *Menón*. Traducción, análisis y notas de Alfonso Gómez-Lobo, Santiago de Chile, 2004: Editorial Universitaria.



sabe qué es la excelencia. Entonces, Sócrates le intenta hacer ver que, en realidad, aunque cree saber lo que es la excelencia, en verdad, no lo sabe).

Así, pues, para el debate con las religiones no es irrelevante la respuesta a la pregunta de si Dios existe o no. Como Squella estima que sabe que no existe —por eso, se declara ateo—, antes de entrar de lleno en la discusión, por ejemplo, acerca de la moral laica y la moral religiosa, debiera asegurarse de haber entregado suficientes razones tendientes a mostrar la imposibilidad de la existencia de Dios. Si el autor se defiende apelando al carácter testimonial del escrito, hemos propuesto ya una rápida solución: cambiar el título de la obra y redactar de nuevo sus párrafos finales. Pero si la idea de Dios quiere constituirse en el objeto principal de las reflexiones, Squella debiera aportar también argumentos en este plano *para evitar que el diálogo se resuelva con argumentos de autoridad*.

